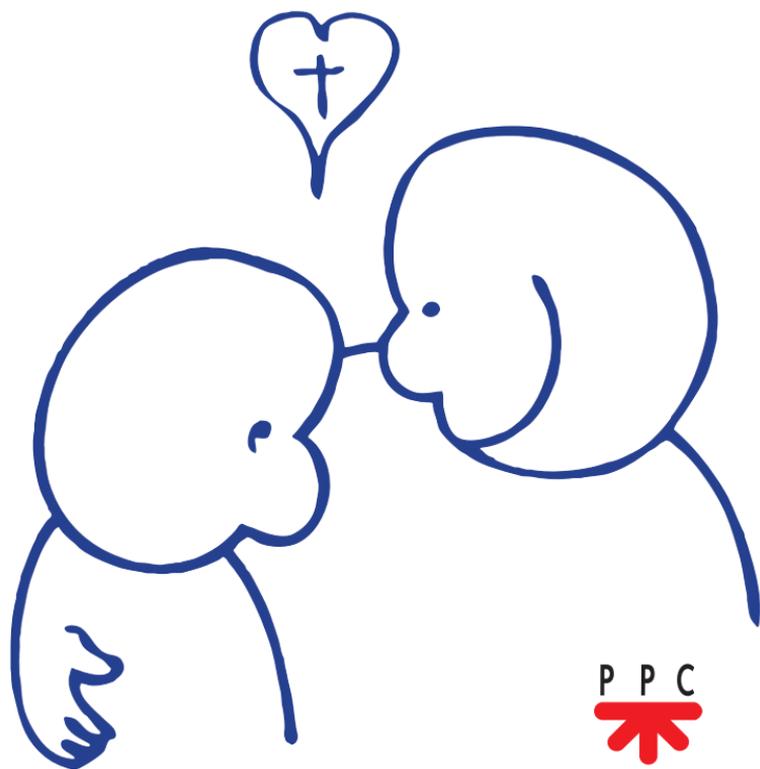


Por los  
caminos del  
PERDÓN



P P C  


Alejandra María Sosa Elízaga

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	13
PRÓLOGO.....	15
INTRODUCCIÓN.....	17
¿QUÉ ES EL PERDÓN?.....	19
¿POR QUÉ PERDONAR?.....	25
Porque Dios te perdona.....	27
Crear que Dios no tiene nada que perdonarte.....	29
Crear que Dios castiga y no perdona.....	30
Crear que como Dios ama y perdona, todo 'se vale'.....	35
Porque Dios te pide que perdones.....	36
Obras son amores, y no buenas razones.....	38
Si yo fuera Dios.....	39
El Reino: ahora o nunca.....	40
El perdón te permite alcanzar la salvación.....	42
Porque los demás necesitan tu perdón.....	43
Vocación de 'puentes'.....	44
Tú puedes hacer que otros experimenten el perdón de Dios.....	45
Dios quiere que ayudemos a otros a descubrir que sí existe el perdón.....	46
Si no perdonas, te lastimas tú.....	51
El perdón: don que se recibe, se vive y se comunica.....	52
¿POR QUÉ ES TAN DIFÍCIL PERDONAR?.....	55
La soberbia.....	57
La soberbia impide perdonar.....	59
La soberbia puede hacer que te 'adornes' perdonando.....	60
La soberbia no te deja pedir perdón.....	62
El antídoto para la soberbia.....	62

El resentimiento .....	65
Cuando recordar es volver a vivir.....	66
El resentimiento es una carga.....	68
El resentimiento nos daña.....	68
El resentimiento nos inmoviliza.....	69
El resentimiento nos aparta de los otros y de Dios.....	70
El resentimiento es infeccioso .....	71
¿PARA QUÉ PERDONAR? .....	75
El perdón sana.....	77
El perdón libera.....	77
El perdón libera también a quien te lastimó.....	78
Tu perdón rescata al otro. Le da una nueva oportunidad.....	79
Tu perdón no rescata a un desconocido, sino a un hermano.....	82
¿CÓMO PERDONAR?.....	85
Perdonar es un proceso que requiere tiempo y esfuerzo, pero ¡bien vale la pena! .....	87
Perdonar es un proceso.....	87
Pide ayuda al Espíritu Santo .....	89
Examina honestamente tu conciencia .....	91
¿Por qué esta persona o situación me ‘pone’ de malas? .....	92
¿En qué he contribuido yo a la actual situación o actitud de esta persona?.....	93
Reconoce que tienes una herida que necesitas sanar.....	95
Decídetes a perdonar.....	98
Ora por ti.....	101
No pienses mal (no juzgues ni condenes).....	104
No juzgues.....	105
No condenes .....	107
Ábrete a la comprensión.....	108
No te desquites (no te vengues ni difames).....	111
Hacer que el otro se sienta mal .....	112
Di no a la venganza.....	114
Hacer que el otro quede mal ante los demás.....	114
La ‘difamación’ .....	114

El que difama no busca el bien del otro, sino exhibirlo .....	115
Difamación disimulada .....	115
El que difama busca cómplices.....	116
El que difama, aísla al otro .....	116
El que difama no sabe dónde parará lo que ha iniciado.....	118
El que difama, queda mal.....	118
Contra la difamación, oración .....	119
Devuelve bien por mal .....	122
Si es posible, hay que hacerle patente nuestro perdón.	124
Hacer concretamente algo bueno por el otro .....	126
El amor vence al odio .....	127
Ora por la persona que te lastimó.....	130
Lucha por olvidar la ofensa.....	132
Empieza todo el proceso cuantas veces haga falta.....	136
Perdonar una y otra vez .....	137
Repasando.....	139
AYUDAS PARA EL CAMINO.....	141
Todos somos parte de una misma familia .....	143
Somos hijos de un mismo Padre .....	143
Aprende a ver a Jesús en los demás y trata de que los demás vean a Jesús a través de ti .....	146
Nunca olvides las cualidades de quien te ha ofendido ....	149
Nadie te ofende si no quieres .....	153
Antídoto para falsos mártires.....	154
Tú decides tu actitud ante la vida.....	155
Hazle fácil al otro la reconciliación contigo .....	157
No le dejes de hablar aunque no te hable a ti.....	158
Esfuézate por seguir tratándole como siempre .....	158
Cuando dé el más mínimo signo de querer arreglar las cosas, aprovéchalo.....	158
Ten siempre en mente la parábola del hijo pródigo .....	158
Aprende a pedir perdón .....	160
Pedir perdón es, sobre todo, hacer saber al otro que lamentas haberlo lastimado .....	161
Considera si es prudente o no ir a pedir perdón .....	161
Cuando la ocasión lo amerite, no debes dejarla pasar .	161

Pasos para pedir perdón .....	162
Reconoce que tú has hecho algo que ha ofendido al otro .....	162
Pídele al Señor que te acompañe .....	162
Busca al otro y hazle saber que estás arrepentido de haberlo lastimado .....	162
No siempre esperes una reacción favorable del otro ....	162
El perdón, una sana costumbre .....	163
El perdón es una manera de reaccionar que se debe ensayar constantemente .....	163
OTRAS AYUDAS PARA EL CAMINO: SE PROHÍBE EL PASO .....	167
No te ahogues en un vaso de agua... .....	169
Perdonar no implica que debas aguantar conductas que atenten contra tu integridad como ser humano .....	170
CONCLUSIÓN .....	173
Nuestro mundo está muy necesitado de constructores .....	176
ORACIONES .....	179
Oración para pedirle a Dios que te ayude a perdonar.....	181
Oración para pedirle a Dios que te ayude a pedir perdón .....	183
LECTURAS SUGERIDAS PARA UNA LITURGIA DE LA PALABRA DEDICADA AL PERDÓN .....	183
BIBLIOGRAFÍA .....	187

## PRESENTACIÓN

Más propio que presentar el libro es presentar a su autora: Alejandra María Sosa Elízaga es una cristiana normal, licenciada en Comunicación, pintora de vocación y profesión, pero a quien Dios ha llamado a ser transmisora de Su Palabra, tanto sacramental, como Ministro Extraordinario de la Sagrada Comunión, como proclamada en pláticas, conferencias, retiros y libros.

Como podrá ver el lector, tiene una elocuencia clara, hermosa y directa que expone temas profundos sin merma de su hondura, facilitándolos por la cristalina transparencia de su sencillez, al modo del Evangelio.

Es fácil, pues, presentar este libro, más aún, es innecesario, porque quienquiera que desee formarse una opinión por sí mismo, podrá constatar que bastará que pase de las primeras páginas para verse depuesto del estrado de juzgador y conducido al banquillo de acusado, pero conducido no con violencia ni rudeza, sino con cariño y suavidad que le permitirán un examen de conciencia, doloroso, al constatar nuestras muchas infidelidades, pero dichoso al confrontarlas con la amorosa misericordia de Dios, y estimulante al comprobar Su Gracia y Su Perdón, que puede permitir cicatrizar dolorosas heridas y ‘vacunarse’ para hacerse invulnerable, o al menos más resistente, a cualesquiera otras nuevas.

Sin ‘presentar’, pues, convidamos solamente al lector a que emita su propio juicio.

Monseñor José Luis G. Guerrero Rosado

## INTRODUCCIÓN

El tema del perdón despierta siempre gran interés porque todos nos hemos sentido alguna vez lastimados, decepcionados o traicionados por alguien. Quizá tenemos una herida que no acaba de sanar. Una herida que, por haber quedado desatendida, sigue doliendo y creciendo, y nos amarga la vida.

El perdón es la cura para esa herida.

El problema con el perdón es que no es un remedio sencillo.

No se trata de tapan la herida con un parche o tomarse un analgésico para mitigar el dolor. No.

Se trata de sanarla a fondo.

Y eso requiere de esfuerzo.

Hay que disponerse a trabajar en el perdón (el resultado bien vale la pena).

Si hasta ahora has pensado que perdonar es imposible y vas arrastrando una pesada carga que no te deja estar en paz, si luchas entre el deseo de perdonar y tus sentimientos heridos, tu orgullo y tu deseo de venganza, necesitas encontrar la fuerza que te permita elegir el perdón por encima de todo lo demás.

El texto que tienes en tus manos busca abrir, en esa maraña de sentimientos contradictorios, una brecha que te permita encaminarte hacia el perdón.

No pretende darte todas las respuestas, pero si lo lees reflexivamente y sigues los pasos que aquí se te sugieren, te encontrarás recorriendo un camino que quizá antes te parecía inalcanzable. Y, lo más importante, descubrirás también que en ese viaje no vas solo: el Señor te lleva de la mano.

¡Ánimo, pues! Emprendamos la ruta...

# ¿QUÉ ES EL PERDÓN?



**A**ntes de definir qué es el perdón, conviene aclarar lo que no es. Porque a pesar de que es un concepto muy conocido, en realidad ha sido siempre muy malinterpretado, y por tener una idea equivocada acerca de lo que hay que hacer para perdonar, mucha gente cree que no es capaz de hacerlo. Por ello, conviene comenzar con cuatro aclaraciones acerca de lo que no es el perdón:

### **1. El perdón no es una palabra mágica**

No creas que por decir ‘te perdono’ vas a sentir una cura instantánea, ya no te va a importar lo que te hicieron y hasta te va a caer bien quien te lo hizo. Perdonar no es algo que solo se dice de ‘dientes para afuera’.

### **2. El perdón no es un ritual**

No consiste en estrechar la mano del otro (como en la caricatura de Quino, en la que después de un partido dos tenistas forzadamente sonrientes se dan la mano por encima de la red, mientras sus sombras se dan de raquetazos). No tienes que ir a darle un beso y un abrazo a quien te lastimó (muchas personas se han rehusado a perdonar pensando, horrorizadas, que ello implicaría tener que ir a abrazar a un delincuente).

### **3. El perdón no es un sentimiento**

Si alguien te ha lastimado, no esperes a ‘sentir’ bonito, a que se te ‘pase el coraje’, o a que ‘te nazca’ perdonarlo. El perdón no “nace” espontáneamente, tienes que trabajar en ello.

El perdón, como el amor, no es un sentimiento, es una decisión. La industria de la cursilería, que produce novelitas rosa y telenovelas en cantidades alarmantes, ha contribuido a esta confusión. Se cree que el amor consiste en sentir ‘que revolotean mariposas en el estómago’ cada

vez que se ve al ser amado, pero eso es enamoramiento fugaz. El amor verdadero es una decisión: Decides optar por el otro, aunque a veces haga que te revolotee ¡el hígado! Amar es buscar el mayor bien del otro, solidarizarse con esa persona en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, cuando actúa como nos gusta y cuando no.

Así también el *perdón es una decisión*.

Decides perdonar al otro aunque: te haya ofendido, no te haya pedido perdón, creas que no se lo merece, e incluso sientas que vas a quedar como débil o tonto.

Decides perdonar porque *el perdón es el único camino que conduce a la paz*.

Ahora bien, definir al perdón como una decisión, es todavía demasiado vago. Habría que preguntarse a qué compromete esa decisión. He ahí el verdadero meollo del asunto, que nos ha de llevar, más adelante, a una definición más completa. Por lo pronto cabe aclarar que:

**4. Perdonar no implica que vas a dar la razón al otro -si no la tiene- o que vas a permitir que un acto grave quede impune, ‘apachar’ el abuso, la injusticia**

Tenemos un ejemplo clarísimo en Juan Pablo II: perdonó a quien disparó contra él, incluso fue a visitarlo a la cárcel, pero no impidió que se hiciera justicia y que ese hombre asumiera la consecuencia de su acción y recibiera la pena impuesta por la ley.

Después de estas cuatro aclaraciones, queda todavía la necesidad de comenzar a aclarar en qué consiste perdonar:

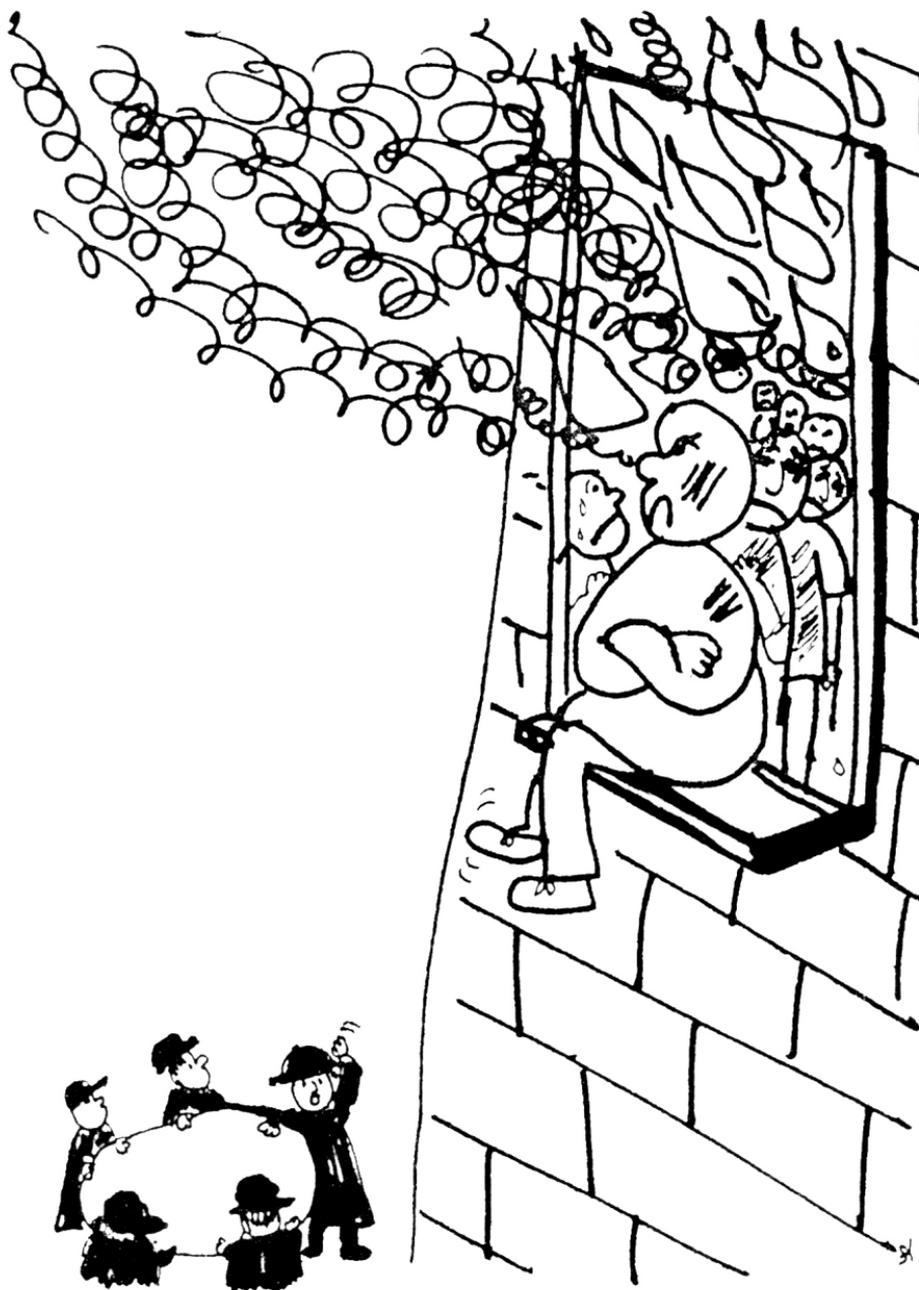
**Perdonar es, sobre todo, desterrar el odio de tu corazón**

Perdonar te compromete, por lo pronto, a disponerte a un definitivo cese al fuego, a un alto total a cualquier

hostilidad contra quien o quienes te lastimaron, y a hacer todo lo que esté a tu alcance para que tu experiencia no sea fuente de amargura sino de amor para ti y para los demás.

Se dice fácil pero no lo es. Uno se puede ver tentado a preguntarse: ¿valdrá la pena el esfuerzo?

# ¿POR QUÉ PERDONAR?



**A**nte la dificultad de perdonar, mucha gente se pregunta: ‘¿Por qué tengo que hacerlo?’

La respuesta a esta interrogante es importantísima, porque de ella depende que decidas que no tiene ningún caso perdonar y aparentemente te olvides del asunto (digo aparentemente porque en realidad no es posible olvidar una herida que sigue doliendo...) o que elijas abrir tu corazón al perdón y recuperar la paz.

Para responder esta cuestión de por qué perdonar, existen cuatro razones fundamentales, relacionadas entre sí:

1. Porque Dios te perdona.
2. Porque Dios te pide que perdones.
3. Porque los demás necesitan tu perdón.
4. Porque si no perdonas te lastimas tú.

Vayamos por partes.

### 1. Porque Dios te perdona

Te invito a leer detenidamente y en espíritu de oración este bellissimo Salmo:

*“Bendice, alma mía al Señor,  
y todo mi ser a Su santo nombre.  
Bendice, alma mía, al Señor,  
y no olvides Sus beneficios.*

*Él perdona todas tus culpas,  
y cura todas tus enfermedades;  
Él rescata tu vida de la fosa  
y te colma de gracia y de ternura...*

*El Señor es compasivo y misericordioso,  
lento a la ira y rico en clemencia...*

*...No nos trata como merecen nuestros pecados,  
ni nos paga según nuestras culpas;*

*Como se levanta el cielo sobre la tierra,  
se levanta Su bondad sobre Sus fieles;  
como dista el oriente del ocaso,  
así aleja de nosotros nuestros delitos;*

*Como un padre siente ternura por sus hijos,  
siente el Señor ternura por Sus fieles;  
porque Él conoce nuestra masa,  
se acuerda de que somos barro.*

*Los días del hombre duran lo que la hierba,  
florecen como flor del campo,  
que el viento la roza y ya no existe...  
pero la misericordia del Señor, dura por siempre..."*

(Sal 103, 1-4. 8.10-17a)

Como ves, este Salmo es un canto de gozo ante el inmenso amor de Dios, ante Su compasión y misericordia. El salmista se regocija ante un Señor que es capaz de alejar de nosotros nuestras culpas, de comprender nuestras debilidades y tenernos paciencia. Este Salmo encierra en unas cuantas líneas, un estupendo retrato de Dios: Dios como Padre amoroso, compasivo, dispuesto siempre a perdonar, a acoger.

Dios siempre te perdona.

Te perdona gratuitamente, te libera para siempre de tu culpa.

Ya no quedas atado a aquello que te ha sido perdonado, puedes, por tanto, empezar de nuevo. Saberte re-creado, renovado. Puedes reconstruirte como un ser nuevo: se te da la oportunidad de partir de ceros.

Ahora bien, cuando se habla del perdón de Dios, es necesario desterrar tres malentendidos muy comunes que hacen mucho daño:

*a) Creer que Dios no tiene nada que perdonarte*

Muchas personas creen que para ser cristianas solo tienen que ir a Misa los domingos, dar limosna de vez en cuando y observar más o menos los mandamientos, según les convenga. Cumplir todo esto les da una sensación de estar en 'regla' y hasta se sienten mejores que los demás.

Pero a Dios no le interesan las listas de asistencia. Jamás le prometió el Reino a los que aparezcan en el libro Guinness de récords por haber asistido a más Misas. No. Lo único que a Dios le importa es el amor, porque Dios es amor.

Eso no quiere decir que no haya que ir a Misa, no. La Misa es fundamental, pero si se vive como lo que es, un medio privilegiado para entrar en comunión con Dios, ser colmados de su amor, recibir Su abrazo, y participar con los hermanos de la mesa del Pan y la Palabra, no esa tediosa obligación en la que muchos la han convertido. Es decir, que a Dios no le interesa lo que se hace únicamente por cumplir; Él no quiere cristianos de 'cuerpo presente'. El Señor se ha quejado amargamente de que le demos culto nada más de "dientes para afuera": *"Me honran con sus labios, mientras que su corazón está lejos de Mí"* (Is 29,13). Lo único que Dios nos pide es que nos dejemos emocionar y conmover por Su infinito amor y sepamos comunicárselo a los demás.

Jesús solo dejó un mandamiento:

*"Que se amen los unos a los otros como Yo los he amado"* (Jn 15,12)

Por lo tanto, cuando analizas tu vida desde el punto de vista de ese amor que Dios espera de ti, (¿cuánto

amas a los demás?, ¿de qué manera concreta vives el amor a través de la tolerancia, la comprensión, el perdón, el servicio, tu entrega a otros?) te das cuenta de que estás muy lejos de ser el cristiano ejemplar que creías ser.

Pero descubres también –y esto es lo maravilloso– que a pesar de tu manera mediocre de amar, a pesar de tus traiciones, injusticias e indiferencia, el Señor te sigue amando y perdonando.

Ya no puedes preguntar lleno de soberbia, ‘Y a mí, ¿de qué me tiene que perdonar Dios?’, porque sabes la respuesta: te perdona por defraudar las esperanzas que tiene puestas en ti, te perdona que no ames como estás llamado a hacerlo.

No te queda más que llenarte de gratitud y de alegría ante este amor incondicional que Él regala a manos llenas a todo aquel que quiere recibirlo, y proclamar gozoso, como en el Salmo 103, que Su misericordia es infinita.

#### ■ REFLEXIONA:

- ¿Has sentido que Dios no tiene nada que perdonarte?, ¿que basta con cumplir ciertos ritos para tenerlo ‘contento’?, ¿por qué?
- ¿Estás satisfecho con tu vida cristiana?, ¿por qué? ¿Cómo la vives en términos de amor?
- ¿Amas como Jesús espera que ames? ¿Qué te falta?
- ¿Qué harás en concreto al respecto?

El segundo malentendido es:

#### *b) Creer que Dios castiga y no perdona*

Mucha gente tiene un concepto terrible de Dios. Lo ven como aparece representado en algunas pinturas: un

triángulo con un inmenso ojo al que no se le va una, y que está siempre tomando nota de las faltas de todos, para después hacernos pagar con alguna desgracia. Suelen decir: ‘esto es castigo de Dios’, y también: ‘te va a castigar Dios’. Y con ello cometen una tremenda injusticia, porque Él es AMOR, y no puede contradecir Su propia naturaleza, no puede albergar odios o deseos de venganza.

Para defender esta manera de verlo, algunas personas citan pasajes del Antiguo Testamento en los que se habla de la cólera y los castigos divinos, pero no están tomando en cuenta el contexto en el que vieron la luz esas palabras: los profetas de la antigüedad usaban toda clase de imágenes terribles para sacudir a sus oyentes y moverlos a conversión. Pero después de ellos vino Jesús, el Único que verdaderamente conoce a Dios:

*“Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27).*

Jesús nos revela que Dios es Padre. De hecho cuando Sus discípulos le piden que los enseñe a orar, es decir, a relacionarse con Dios, Él los invita a comenzar su oración así: ‘Padre nuestro’ (ver Lc 11,2).

Y cuando Jesús quiere que se entienda qué clase de Padre es Dios, pone este maravilloso ejemplo:

*“Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: ‘Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde.’ Y él les repartió la herencia.*

*Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su herencia viviendo como un libertino.*

*Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre*

*con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo:*

*‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí, me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.’ Y, levantándose, partió hacia su padre.*

*Estando él todavía lejos, le vio su padre y conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo.’ Pero el padre dijo a sus siervos: “Traigan aprisa el mejor vestido y vístanselo; pónganle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traigan el novillo cebado, mátenlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.’ Y comenzaron la fiesta” (Lc 15,11-24).*

Tenemos aquí un caso inaudito. Un hijo que pide su herencia antes de tiempo y luego va y se la gasta de la manera más escandalosa, y cuando ya no le queda nada y ha caído tan bajo que cuida cerdos -un trabajo inconcebible para un judío, pues la ley consideraba impuros a esos animales-, y hasta se le antoja lo que comen (si alguien ha visto comer a un cerdo, comprenderá que se necesita estar muy hambriento para decir: ‘mmmmm ¡qué rico!’), por pura conveniencia decide regresar.

Y he aquí, -y esto es lo extraordinario de la historia- que a pesar de todo, el padre lo está esperando.

Jesús dice que estando lejos el hijo, el padre lo ve llegar.

No es casualidad que el padre lo haya visto.

Es evidente que este padre todos los días, desde que el muchacho se fue, subió a la terraza con la esperanza de verlo regresar. Y habrá pasado horas y horas, contemplando el horizonte, forzando la vista. Y muchas veces habrá creído reconocerlo en alguno que se aproximaba por el camino, y el corazón le habrá dado un vuelco, para luego sumírsele en el pecho al comprobar que no era él. Y cada anochecer, cuando ya no podía ver más, habrá bajado pesadamente las escaleras, con todos sus años a cuestas y la tristeza dibujada en el rostro, ante las miradas entre burlonas y compasivas de sus empleados que se habrán preguntado si su patrón no se había vuelto loco por estar esperando que volviera aquél del que oían contar ¡cada historia!

Pero un día por fin el padre lo distingue a lo lejos.

Quizá al principio no lo podía creer. Se habrá tallado los ojos. Se habrá preguntado como no queriendo decepcionarse, pero con emocionada intuición: ‘¿Es él?’ Lo vio irse erguido, y viene cabizbajo. Lo vio llevarse sus mejores trajes, vuelve en harapos. Lo vio decidido, orgulloso. Vuelve titubeante.

Quizá en este punto fue cuando el padre salió sin más, corriendo. Quizá el hijo a la vista de la casa paterna sintió sus rodillas temblar, y con ellas, su resolución de regresar.

Pero antes de que pudiera echarse para atrás, vio venir corriendo hacia él, con los brazos abiertos y en inequívoca expresión de acogida y de amor, a su querido padre.

Y cuando comenzó a decirle lo que había preparado para pedir un lugar entre los empleados, no lo dejó ni terminar, y ordenó que le dieran todo lo que le correspondía como hijo: la mejor ropa y el anillo (que si acaso era de esos anillos con el escudo de la familia con el cual podía sellar documentos, dárselo equivaldría hoy

en día, a devolverle todas las tarjetas de crédito...), y luego mandó que se hiciera una gran fiesta.

Jamás se le ocurre a este padre darle un escarmiento. Jamás se le ocurre quedarse sentado y decirle a uno de sus empleados que cuando llegue su hijo le diga que lo espera en la biblioteca, mientras prepara el sermón que le piensa decir. Este padre no sabe alegrarse con la desgracia de su hijo, ni pensar: 'Qué bueno que viene humillado. A ver si así aprende'.

Este padre solo sabe amar y salir corriendo a derramar todo su amor sobre su hijo.

Este es el padre del que nos habla Jesús, el Único que ha conocido al Padre.

Este es Dios.

El Dios Padre que siempre te espera, que siempre confía en ti, que siempre te sale al encuentro. Que no tiene más que palabras de aliento y de bienvenida.

El otro día una amiga mía me decía que no les había hablado a sus hijas pequeñas de Dios, porque no sabía cómo explicarles eso de que Dios castigaba. Le dije: 'Explícales primero que nada, que Dios ama, y porque ama, tiene que corregirnos cuando es necesario, pero lo hace siempre por amor'

Es hora de dejar de calumniar a Dios.

Muchos son ateos porque se niegan a creer y a reverenciar a un Dios que solo sabe mandar desgracias.

Es una lástima que por evitar el encuentro con el Dios vengativo que ni existe, se pierdan el encuentro con el que sí existe: el verdadero Dios, que es Padre, y lo dejen con los brazos extendidos, a la orilla del camino.

## ■ REFLEXIONA:

– ¿Qué imagen tienes de Dios? ¿La de un director de escuela, siempre pendiente de tus faltas para ponerte puntos malos y reprobarte? ¿La de un Padre amoroso que te ama incondicionalmente?

– Repasa Lc 15,11-24.

Ahora bien, hablar del amor incondicional del Padre, puede conducir al último de los malentendidos enumerados:

### *c) Creer que como Dios ama y perdona, todo 'se vale'*

Hay quienes creen que Dios es taaaan misericordioso, que es 'manga ancha', y les pasa todo porque los ama. Cuidado: están en un error. Dios no pasa por todo: Sus caminos son única y claramente caminos de amor, de donación, de servicio, de perdón, de paz. Todo el que transita por otros caminos se aparta de Él por más que crea ser feliz en ellos, pues no es el hombre el que determina lo que es la felicidad, sino Dios. Hay quien puede creerse feliz porque miente, vive una relación extramarital, ha conseguido vengarse de alguno, alberga rencores. Se engaña. Vive en el mal y si no se arrepiente y cambia, sufrirá por ello. Y no porque Dios lo vaya a castigar, sino porque él mismo está eligiendo un camino que terminará mal, apartándolo de Dios. De ahí que, siempre que Jesús perdona, propone también un cambio de conducta que rescate a la persona de las tinieblas en la que se halla sumida. Recordemos Sus palabras a la mujer adúltera:

*“Vete, y en adelante, no peques más” (Jn 8,11).*

Una vez aclarados estos tres malentendidos (a, b y c), conviene insistir en que Jesús nos habla de que Dios siempre nos perdona. Y este perdón gratuito, liberador, maravilloso, inesperado y total, colma el anhelo de todo ser humano. Pero el hombre así perdonado, es llamado a

proceder de la misma manera con los demás. Los dones que Dios da a manos llenas, como el perdón, no son para acumularlos y acumularlos, y disfrutarlos tú solo. Es necesario donarlos también a los demás.

Esto nos conduce a la segunda razón para perdonar:

## 2. Porque Dios te pide que perdones

Jesús en su maravilloso ‘sermón de la montaña’ dijo:

*“Bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia”* (Mt 5,7).

Es cierto que Dios siempre perdona (y ya hemos visto que tiene ¡mucho! qué perdonarnos, por nuestras incontables faltas contra el amor), pero espera que tú tengas con los demás la misma actitud de perdón que Él tiene contigo.

Y para muestra, bastan dos ejemplos:

En el Padrenuestro, Jesús nos pide un compromiso que, bien entendido, nos debería poner los pelos de punta. Nos pide que le pongamos condiciones al Amor incondicional de Dios, nos invita a pedirle al Padre:

*“Perdónanos..., como nosotros perdonamos”* (Mt 6,12).

Y en esta parábola que contó a Sus discípulos, narra lo que le espera al que no sea capaz de perdonar como ha sido perdonado:

*“El Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil monedas. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos, y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: ‘Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré.’”*

*Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda.*

*Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien monedas; le agarró y, ahogándole, le decía: ‘Paga lo que debes.’ Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: ‘Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré.’ Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía.*

*Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo. ‘Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?’ Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía.*

*Esto mismo hará con ustedes mi Padre celestial, si no perdonan de corazón cada uno a su hermano” (Mt 18,23-35).*

Lo que Dios nos ha perdonado y nos sigue perdonando, es inmenso, no se compara con lo que nosotros tenemos que perdonar a los demás, que aunque nos parezca mucho, en realidad no es nada.

El Único que tiene derecho a exigir, nos perdona que lo defraudemos con nuestras faltas de amor, de lealtad, de entrega. En relación a esto, lo que los demás hacen contra nosotros es insignificante. Y si Dios, gratuitamente y por pura misericordia perdona la deuda inmensa que tenemos con Él (y que jamás podríamos siquiera comenzar a pagar), espera que seamos capaces de comunicar a los demás la misericordia que Él nos ha regalado a manos llenas. Como dice el dicho: ‘nobleza obliga’.

Cuando se recibe tanto, se tiene que estar dispuesto a dar algo también. Nuestro pequeño perdón demuestra que hemos recibido, aceptado y agradecido el inmenso perdón de Dios...

*Obras son amores, y no buenas razones*

Como cristiano estás llamado a seguir a Cristo: a seguir Sus pasos, a imitar Sus gestos, Sus actitudes. Y Cristo siempre habló de perdonar como una actitud esencial del cristiano. Él, que fue capaz de perdonar a los que lo ultrajaban, a los que lo golpeaban y se burlaban de Él, a los que lo crucificaron, Él, que fue capaz de decir en Sus últimos momentos: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”* (Lc 23,34), espera de ti una actitud semejante.

No puedes pretender ser cristiano sólo en los momentos agradables, cuando te ‘nace’. No se vale ser cristiano ‘aviador’, de ésos que están en la nómina (con sus papeles muy en orden: su Fe de Bautismo, la foto de su Primera Comunión, la de su Confirmación...) pero que no hacen otra cosa que presentarse a ‘cobrar’ cada domingo (su dotación de Pan y de Palabra que quizá ni siquiera aprovechan como sustento de toda su semana) y esperar la fabulosa jubilación ‘celestial’ prometida.

Jesús dijo:

*“No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de Mi Padre celestial”* (Mt 7,21).

Y ¿cuál es la voluntad del Padre? Que lo ayudemos a construir Su Reino en el mundo.

Aquí vale la pena hacer una aclaración:

Cuando oímos hablar del ‘Reino de los Cielos’ quizá se nos viene a la mente esa imagen muy socorrida, de un espacio azul donde los angelitos flotan entre nubes

mientras tocan el arpa. Y pensamos que ése es el ‘cielo’ al que iremos cuando nos muramos, ‘si somos buenos’ (aunque francamente, como parece bastante aburrido, en el fondo del alma esperamos que para ese momento falte muuuuuucho tiempo...).

Pero en la Biblia el concepto de cielo no se refiere a un sitio, sino a una *dimensión* que nos supera, que está más allá de lo que nosotros entendemos. Se trata de una realidad que está mucho más allá (por eso se usa la imagen de los ‘cielos’) de lo que nos ‘suena’ lógico, razonable, conveniente...

Una dimensión que no se rige por los estrechos conceptos humanos, porque pertenece al ámbito, al ‘Reino’ de Dios. Y para entrar en ese ámbito, en ese Reino, no hace falta morirse, sino vivir *desde ahora* lo que Dios propone.

¿Y qué propone Dios? Una sola cosa:

*“Que se amen los unos a los otros como Yo los he amado”* (Jn 15,12).

Y ¿cómo ama Dios? Con un amor sin límites; con un amor que se expresa en obras concretas (ver 1Cor 13).

Y, como estamos llamados a amar como Él y a expresar nuestro amor de manera concreta, un modo de hacerlo es precisamente a través del perdón.

El perdón forma parte de los materiales indispensables con que se construye el Reino.

El perdón nos hace participar verdaderamente de una dimensión que está más allá de lo humano y entra en el ámbito de lo divino.

*Si yo fuera Dios...*

Es curioso que a veces la gente dice: ‘si yo fuera Dios’ para sugerir que haría alguna acción impresionante y

aparatoso, (como que ahora mismo lloviera fuego del cielo y consumiera a ese vecino que tiene su radio puesto a todo volumen...). Pero casi nunca dice la gente: 'si yo fuera Dios', para referirse a Su amor ilimitado, a Su perdón ilimitado, a Su capacidad ilimitada de donación. Y sin embargo, si realmente quisiera ser como Dios, tendría que buscar imitarlo justamente en Su manera de amar y de perdonar.

En el libro del Génesis se nos narra poéticamente que Dios creó el mundo de la nada. Pues bien, cuando alguien perdona a otra persona, también está creando de la nada. Quizá el otro no se lo merece, quizá no le ha pedido perdón, quizá no existen elementos 'atenuantes' que justifiquen el perdón. Entonces aquel que perdona, está realizando un acto verdaderamente creador, está contribuyendo a la Creación, está ayudando a Dios a construir un mundo mejor, está convirtiéndose en constructor y en ciudadano del Reino.

*El Reino: ahora o nunca...*

Al decir que el Reino se empieza a vivir ya desde ahora, no se pretende implicar que no exista el Reino en la otra vida. Claro que existe. Y es justamente la participación en este Reino que no tendrá fin, lo que sostiene nuestra esperanza cristiana.

Pero no hay que olvidar que para ir al último piso, hay que subirse al elevador en la planta baja...

O, como alguien dijo: que esta vida es, en realidad, una especie de 'gimnasio' en donde nos entrenamos en el amor, en la tolerancia, en el perdón, en fin, en todos aquellos valores que estamos llamados a vivir en plenitud en la otra vida. Y que más nos vale aprovechar ahora el entrenamiento, porque si no estamos en 'forma' cuando nos llegue el momento, será demasiado tarde.

Como ilustración a este último punto, te invito a que te imagines la siguiente escena:

Te mueres y llegas a una planicie en la que no hay nada más que una banquita techada (hasta eso), en la que se te invita a esperar el camión que te conducirá a la vida eterna (sí, ya sé que hubieras esperado otro vehículo más angélico, pero esto es parte de la fantasía, así que sigue leyendo). Aguardas un largo rato y en eso distingues un puntito en la distancia que va acercándose y acercándose hasta que ves claramente que se trata de tu camión. Cuando llega cerca de ti, le haces la parada. Se detiene, se abre la puerta, subes y miras hacia adentro. Está llenísimo. Solo hay un lugar disponible. Pero entonces te das cuenta de que es precisamente al lado de la persona por la que sientes mayor rencor o desprecio (y si son varias las personas a las que no has perdonado, imagínatelas ocupando también los asientos de atrás y de adelante de ese único sitio vacante). Cierra los ojos y visualiza la escena. Todas aquellas personas a las que detestas ocupan el camión. Puede tratarse de personas conocidas (familiares, colegas, vecinos) o desconocidas (personas a las que desprecias o discriminas por su raza, religión, educación, situación económica.). ¿Qué harías?

No puedes entrar a la fuerza, haciéndote violencia, porque resulta que en la puerta hay uno de esos sensores especiales –como los que hay en las tiendas– que detectan cualquier molestia o incomodidad de parte de los pasajeros, y automáticamente cierran la puerta en las narices del inconforme y hacen que arranque el camión sin él.

¿Qué hacer? ¿Cómo lograr ahí mismo hacerse del ánimo de pasar a sentarse –y sentirse– a gusto entre todos esos a los que nunca se les ha otorgado amor o perdón?

No hay tiempo. Es demasiado tarde.

Por eso lo mejor es comenzar a entrenarse *desde ahora* en saber acoger a todos los hermanos en el corazón, para enfrentar con verdadera paz la posibilidad de compartir el asiento con cualquiera.

Piensa que Jesús nunca dudó en sentarse cerca de alguien, y si tú eres de Jesús, estás llamado a hacer lo mismo. ¿O prefieres acompañar a los que se quedaron en la parada refunfuñando mientras el camión se alejaba para siempre?

El riesgo de vivir en el desamor es demasiado grande...

*“...si ustedes perdonan a los hombres sus ofensas, se las perdonará también a ustedes su Padre celestial; pero si no perdonan a los hombres, tampoco su Padre perdonará sus ofensas...”* (Mt 6,14-15).

*El perdón te permite alcanzar la salvación*

Si Dios te pide que perdones, no es por ‘capricho’, simplemente para ‘darle un gusto’, sino porque el perdón es camino de salvación.

Y ¿qué es la salvación?

Un amigo me decía: ‘Yo no soy náufrago, no necesito ser salvado’. No había entendido qué es la salvación.

Ésta consiste en pasar de la esclavitud a la libertad: de la esclavitud del pecado, es decir, de todas tus ataduras, tus miserias, tus mezquindades, tus egoísmos, de todo aquello que te hace sentir mal y no te deja ser feliz (el rencor, el orgullo, la ira) a la libertad de los hijos de Dios, que han roto todas esas ataduras y viven por ello en verdadera paz.

Esa salvación comienza a vivirse ya desde esta vida.

Y al final esperamos alcanzar la salvación definitiva: la que consiste en pasar de la esclavitud de la muerte, a

la libertad de la vida que no termina. Una vida en el Amor. Una vida por la que tú empiezas a optar ya desde ahora al recorrer los caminos del amor que son lo de la tolerancia, la comprensión, el perdón.

Ahora bien: por ser fuente de liberación, el perdón salva, no solo al que perdona, sino también al perdonado.

**TU PERDÓN TE SALVA A TI Y A LOS OTROS TAMBIÉN.**

Es un camino que no se recorre en solitario. Otros hermanos lo recorren también. Y ello nos conduce a la tercera razón que tenemos para perdonar:

### **3. Porque los demás necesitan tu perdón**

Ante esta razón quizá alguno se ve tentado a decir: '¿conque ése que me ofendió necesita mi perdón? Pues, ¡no se lo doy!, ¡que se amuele!, ¡que sufra!' Pero desear que el otro sufra y negarle el perdón no solo lo hará sufrir a él sino a ti también y a muchos más. ¿Por qué? porque quien ha hecho mal está sumido en la tiniebla, y si no logra salir de ella seguirá haciendo el mal. Y negarle el perdón a alguien es mantenerlo sumido en las tinieblas. El perdón le permitirá superar aquello y comenzar a caminar hacia la luz.

Un sacerdote contó un caso: un secuestrador fue herido y capturado. Estaba en el hospital. Fue a verlo la mamá del joven al que había secuestrado y asesinado. Ella le dijo: 'Vengo a que me diga en mi cara, ¿por qué me mató a mi muchacho?' El otro bajó la vista y no dijo nada. Ella sacó un Rosario y le dijo: 'Y vengo a decirle, que en el nombre de Dios y de María Santísima, lo perdono'. Ella salió, y el secuestrador quedó impactado. Se derrumbó, lloró, pidió perdón, confesó sus crímenes y gracias a eso se logró atrapar a una peligrosa banda.

Esa señora podía haber optado por odiar a ese hombre y mantenerlo y mantenerse en las tinieblas, pero optó por ser luz (ver Mt 5,14-16).

En el libro del Génesis se nos plantea que Dios creó al hombre, y le encomendó Su Creación. Es decir, que se nos plantea poéticamente una gran verdad: que Dios cuenta con nosotros. Que espera mucho de nosotros. Y no para cuidar únicamente Su Creación entendida como un ‘entorno ecológico’, sino sobre todo para cuidar a nuestros semejantes. Dios nos ha situado en medio de una gran familia humana y espera que lo ayudemos en la tarea de conducirla a su plenitud. Y hoy como ayer, nos lanza una pregunta: “¿Dónde está tu hermano?” (Gen 4,9). Desde el principio, Dios ha pedido nuestra colaboración. Y nos la sigue pidiendo. En el Nuevo Testamento vemos a Jesús enviando a Sus discípulos a ir por todo el mundo y anunciar la Buena Noticia de la salvación. Pudo hacerlo todo Él solo. Pero eligió depender de los demás. De nosotros. De ti. Dios que necesita de ti para hacer llegar a otros Su mensaje de amor.

### *Vocación de ‘puentes’...*

Salvo en casos excepcionales, Dios elige manifestarse a los seres humanos a través de medios tan ordinarios como ¡otros seres humanos! Sin ir más lejos, pensemos, por ejemplo, en que nos revela Su Palabra a través de autores inspirados por Él pero que escribieron según su propio estilo. Así que para saber lo que Dios quiere de nosotros, no necesitamos un ‘teléfono rojo’ ni una ‘línea directa’, ni se abre el cielo y se escucha una voz atronadora (¡qué bueno! porque nos daría ¡un ataque cardíaco de la impresión!), sino que podemos leer Su Palabra en casa, o escucharla cuando es proclamada en la Iglesia.

De igual modo, como cristianos vamos descubriendo a lo largo de la vida que la ‘casualidad’ no existe, ni tampoco la ‘buena suerte’. Todo es ‘providencial’ porque

detrás de todo lo bueno que nos pasa se encuentra un Padre que nos ama y está pendiente de nosotros, un Padre que suscita en todos los corazones, actitudes de acogida, de solidaridad, de consuelo...

Es por eso que Dios necesita quién se deje mover el corazón y esté dispuesto a hacer presente en el mundo Su comprensión, Su ayuda, Su perdón, Su amor, porque todas esas cualidades Suyas no andan flotando en el aire. Nadie dice: '¡Mira! ¡Pasó una nube de bondad divina por aquí!'. Para que otros la experimenten, hace falta que alguien decida 'encarnar' la bondad. Para que otros descubran el perdón, hacen falta personas dispuestas a perdonar.

Y así en todo.

Dios nos ha constituido en puentes que se tienden hacia los demás para derramar sobre ellos Sus bendiciones.

Y por eso Dios te pide que le prestes tu mirada buena, tu sonrisa, tu calidez.

Dios necesita encarnarse en ti para hacer llegar Sus dones a los hermanos.

Y uno de esos dones es el del perdón.

*Tú puedes hacer que otros experimenten el perdón de Dios*

Y esta afirmación no debe tomarse a la ligera.

Hay personas que viven atormentadas por la culpa, sin poderse perdonar por algo que hicieron, y sin poder creer en el perdón de Dios.

Creen sinceramente que lo que han hecho es demasiado grande para merecer perdón, y viven un infierno de remordimiento y desesperanza. ¿Qué puede sacarlas de esa situación? El sentir en carne propia que el perdón de Dios existe. ¿Cómo? A través del perdón de los demás.

Si estas personas llegan a experimentar el perdón incondicional que alguien les dé, ello las puede conducir, por fin, a vislumbrar que si un imperfecto ser humano es capaz de perdonar tal culpa, Dios seguramente no se queda atrás.

Y esto sucede incluso cuando el que otorga el perdón no es ni siquiera el principal agraviado (quizá porque el agraviado ya falleció, o está lejos). Pero el simple hecho de descubrir que otro ser humano es capaz de dar gratuitamente su perdón, devuelve por completo la esperanza a quien creía ya no tener derecho a esperar nada.

*Dios quiere que ayudemos a otros  
a descubrir que sí existe el perdón*

Dos casos ilustran esto muy claramente:

1. El primero lo contó un amigo sacerdote: una pareja que él conocía se iba a separar porque la esposa había descubierto que su marido la engañaba con otra mujer. Sin embargo, después de muchas pláticas y entrevistas con el sacerdote, el esposo decidió terminar para siempre la relación con su amante, y la esposa decidió perdonarlo. Y no se separaron, sino que le dieron una segunda oportunidad a su matrimonio.

Lo interesante de este caso es que la mujer le otorgó a su marido un perdón absoluto. Nunca hubo un reproche, una indirecta, una alusión a 'aquello'. Nada. Fue un auténtico 'borrón y cuenta nueva'. Ella se portaba con él como siempre.

Eso desconcertó al marido por completo. Al principio estaba en 'guardia', esperando algún tipo de 'escenita', pero se quedó esperando. Y poco a poco se fue convenciendo de la sinceridad y grandeza del perdón que le otorgó su mujer.

Y entonces un día le confesó al sacerdote: 'Yo no era muy creyente, padre, pero fíjese que el perdón que me dio mi mujer me ha hecho creyente, porque pienso que si ella –que no es por hablar mal, pero tiene sus defectos– es capaz de amar así y de perdonar así, ¡cómo serán de infinitos el amor y el perdón de Dios!'

2. El segundo, tomado de la vida real, fue presentado en la película 'La Misión' (de la que aclaro que no recomiendo más que esta escena).

Un grupo de jesuitas establece una misión en la selva entre Argentina, Paraguay y Brasil, allá por el año 1750. Se dedican a ayudar a los indígenas guaraníes y enfrentan muchas dificultades, pues la misión está en lo alto de una montaña, aislada por unas cascadas impresionantes, lejos de toda 'civilización' y demasiado expuesta a las incursiones de un mercenario que se dedica a perseguir y 'cazar' indígenas para llevárselos a vender a la ciudad.

Por ejemplo, se nos muestra que un grupo de indígenas, que caminaba por la selva, cae de pronto en una trampa que es una gran bolsa de red de la que les es imposible librarse. Los que quedan libres corren para salvarse, pero son perseguidos y balaceados por el mercenario.

Se ve el rostro tenso, impotente, de un misionero jesuita, que contempla la desgarradora escena. En contraste, el rostro burlón, satisfecho, prepotente, del mercenario, que lleva a los indígenas que cazó, presos, humillados, montados de espaldas en los caballos, o amarrados del cuello y arrastrados sin consideración, como arrastradas quedaron sus esperanzas e ilusiones. Adiós planes de trabajar en su tierra, de aprender un oficio, de ver crecer a su familia. Son exhibidos como ganado, revisados y adquiridos por los hombres ricos de la región.

Por otra parte, nos enteramos de que el mercenario ama a una mujer que no le corresponde porque está enamorada del hermano de él. Un día, el mercenario los encuentra juntos, y ciego de celos, pelea con su hermano y lo mata.

Lo conmociona ver a su hermano muerto a sus pies, y a la mujer que ama, llorándolo a gritos. Se va de allí y busca refugio en el convento de los jesuitas, en donde se encierra en una habitación en penumbra, torturándose con su dolor y remordimiento.

Entonces se ve que el misionero jesuita llega al convento. Le cuentan lo sucedido al mercenario, y le dice que lleva seis meses ahí encerrado, sin querer ver a nadie, casi sin comer ni beber. Le piden que hable con él. El misionero entra a verlo. Le dice que sabe que mató a su hermano, y que como fue en un 'duelo' la ley no puede hacerle nada (el mercenario hubiera querido ser castigado para expiar de alguna manera su delito). Entonces le pregunta si está arrepentido.

El mercenario contesta que ya no importa porque para él todo acabó. El misionero le dice que no todo está acabado, que todavía hay una salida, que si con la libertad que Dios le dio escogió el crimen; ahora tiene la libertad de escoger la penitencia. El otro responde que para él no hay ya redención, que no hay penitencia suficientemente grande para su pecado. El misionero le dice que sí la hay, y lo reta a acompañarlo a la misión.

La siguiente escena nos muestra al misionero junto con un grupo de jesuitas de camino a la misión. Entre ellos va el mercenario, que se colgó al cuello un costal en el que metió su espada, su escudo, su casco, cosas que representan no solo su vida de violencia, sino el terrible sentimiento de culpa sin remedio que viene arrastrando. Esa carga le dificulta el camino a través de la selva, lo hace atorarse con todo, resbalar, caer, pero el

mercenario sigue adelante, empecinado, como queriendo padecer para pagar por todo lo que ha hecho. Y aunque se ve que por las noches reza con los demás, en su incipiente relación con Dios no se ha permitido descubrir la gratitud de la misericordia del Padre celestial.

Conforme pasan los días, los otros jesuitas se desesperan de verlo cargar con ese lastre imposible, le dicen al misionero que creen que deberían liberarlo, pero éste responde que hasta que ese hombre no lo crea también, nadie puede hacerlo...

Y así es en efecto: al día siguiente, en una cuesta particularmente difícil, uno de los jesuitas le corta la cuerda del fardo, que rueda cuesta abajo. Pero el mercenario se regresa y se lo vuelve a amarrar. Y sigue y sigue, agobiado pero empeñado en no rendirse. Y cada vez que cae, se levanta, a veces por sí mismo, a veces ayudado por el misionero que arriesga incluso su vida, jalándolo y sosteniéndolo cuando la subida se vuelve empinada y todos penden de una sola cuerda (una bella imagen de la Iglesia, que nos acepta como somos, con todo y las cargas que venimos arrastrando, y busca siempre ayudarnos, aunque ello implique para ella un riesgo).

Por fin, logran alcanzar la meseta en la cima de la montaña, donde está la misión. Los primeros en llegar son los jesuitas, y los indígenas los reciben con gran alegría. El mercenario viene retrasado a causa del peso que arrastra. Cuando por fin logra subir, queda exhausto, a cuatro manos, sin poder avanzar más. Unos niños lo ven asustados, y van corriendo a avisar a los adultos. Todos lo reconocen. Es aquel que asesinó a sus familiares y amigos, es aquel que los despojó de sus esperanzas y de su dignidad. Es aquél, y ahora está ahí, caído en frente de ellos, vulnerable, indefenso.

Ésta es la oportunidad de la venganza. Un indígena toma un cuchillo y se dirige resueltamente hacia él. Lo

agarra por el cabello y le grita quién sabe cuántas cosas en lengua guaraní. Y justo cuando uno piensa que se dispone a degollarlo, hace lo más inesperado: corta de un tajo la cuerda del fardo, y empuja y rueda éste hasta desbarrancarlo.

El mercenario, liberado de ese peso infernal, voltea a ver quién lo liberó, y se topa cara a cara con el rostro de un indígena guaraní, ¡con el rostro de uno de aquéllos a los que él perseguía, despreciaba, asesinaba y vendía! ¡Mira el rostro de uno de aquellos que, a pesar de lo que ha hecho, ahora le devuelve bien por mal!

Esto resulta demasiado para él.

Rompe a llorar.

Un llanto que sale de lo más hondo, que lo estremece, que lo sacude. Un llanto que habla de su dolor, de su vergüenza, de su arrepentimiento, de su esperanza perdida y recobrada. Un llanto que lo libera, que lo lava de todas sus culpas, de todos sus fantasmas.

El mercenario llora y los otros ríen. Pero no es risa de desprecio, es la risa ingenua del que no sabe odiar, del que se ríe y se alegra con el otro.

El misionero entonces se acerca y se funde en un abrazo con el mercenario. Signo palpable de acogida, de aceptación, de bienvenida.

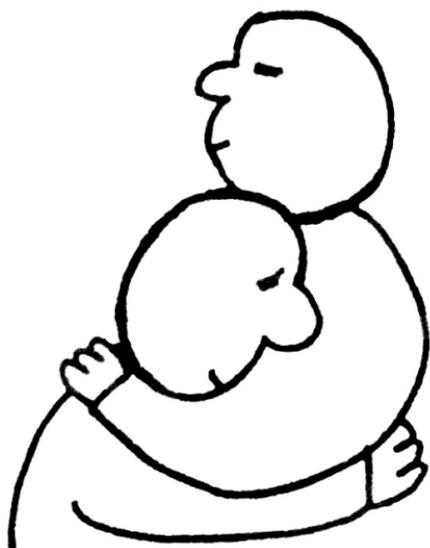
El misionero lo abraza con el abrazo de Dios.

Con el abrazo del Padre.

Es una escena extraordinaria.

#### ■ REFLEXIONA:

- ¿Sabes perdonar así?
- Tu perdón, ¿ha hecho que otros experimenten el perdón de Dios?



#### 4. Si no perdonas, te lastimas tú

La cuarta razón que tenemos para perdonar ocupa una buena parte del siguiente capítulo, pero aquí se puede adelantar una gran verdad: quien no perdona no vive en paz; tiene una guerra en su interior que no le da sosiego, y eso lo afecta en todo (en su salud, en sus relaciones personales y en su relación con Dios).

Dicen que no perdonar es como tomar un veneno y esperar que le haga efecto a otro.

La persona rencorosa se va amargando y se va acostumbrando a ir por la vida con su costal lleno de razones para la ira y el rencor. A cada paso que da va añadiendo algo más, un nuevo agravio, una nueva 'cuenta pendiente' con alguno, hasta que la carga termina por serle insoportable.

El rencoroso se lastima, sobre todo, a sí mismo. Al romper con Dios –puesto que desobedece su mandamiento de amar– y al romper con los demás –a los que detesta– se aísla, se fractura como creyente, como miembro de una comunidad y como ser humano que sólo alcanza su plenitud en el amor.

*El perdón: don que se recibe, se vive y se comunica*

Como se ve, las cuatro razones para perdonar (porque Dios nos perdona; porque nos pide que perdonemos; porque los demás necesitan nuestro perdón y porque si no perdonamos nos lastimamos) están íntimamente relacionadas.

Como cristianos, somos miembros de un mismo cuerpo, y lo que recibimos de nuestra cabeza, que es Cristo, nos beneficia no solo a nosotros, sino a todos los demás.

El Señor derrama sobre nosotros Sus dones a manos llenas, para que nos desborden y se derramen sobre los demás.

Piensa en esto: si todos los seres humanos que aman y perdonan, se tomaran de las manos y formaran una gran cadena, qué triste sería que, entre ellos, surgiera uno que se negara a tomar la mano del otro, o a extenderle la suya. Rompería el vínculo de todos. Como cuando un foquito de la serie navideña se apaga, y por su culpa no sólo se apaga el de junto, sino todos los demás. Y ya ninguno da luz, ninguno alcanza el fin para el que fue creado.

He aquí el verdadero meollo del asunto:

Dios no nos manda que perdonemos para tenernos un ratito entretenidos mientras vivimos en este mundo. No dijo un día: ‘¿Qué les pondré de tarea a los humanos? ¡Ah!, ¡ya sé!, ¡que perdonen! ¡Eso los mantendrá ocupados!’ No.

Si Dios nos perdona y nos pide que perdonemos, es porque sabe que es para nuestro propio bien, porque sólo así alcanzaremos la plenitud a la que Él nos tiene destinados.

Él, que nos creó, sabe sin duda alguna lo que es mejor para nosotros.

Negarnos a perdonar es no fiarnos de Dios. Es no aceptar el proyecto de vida que nos propone. Es no sólo no construir Su Reino, sino participar de su destrucción.

Ahora bien, perdonar no es fácil. El que decide perdonar enfrenta numerosos obstáculos. Pero de una cosa puede estar seguro: podrá vencerlos uno por uno, porque a su lado –y de su lado– tendrá al Señor.

Por los  
caminos del  
PERDÓN

En esta nueva edición de su exitosa obra sobre el perdón, Alejandra María Sosa Elízaga responde a las interrogantes más frecuentes al respecto: ¿Qué es el perdón? ¿Por qué y para qué perdonar? ¿Qué lo hace tan difícil? Y, sobre todo: ¿Cómo perdonar? (en este capítulo se presenta un acróstico de gran ayuda, que nos recuerda los pasos que hay que dar para perdonar).

Con ese estilo suyo muy fácil de leer y disfrutar, lleno de anécdotas y reflexiones con las que los lectores de los más diversos ambientes logran identificarse, la autora pone el dedo en la llaga más común de todo ser humano: la del resentimiento o la soberbia. Pero lo hace no con rudeza que lastime, sino conjugando su extraordinaria capacidad de decir verdades, con la de conducirnos suavemente a encontrar las soluciones, es decir: deja al descubierto la herida, pero al instante nos muestra el modo de curarla.

Garantizamos que quien lea este libro se descubrirá capaz de emprender por fin el viaje hacia el perdón y hacia la paz interior. Viaje que no hará solo, sino, como lo descubrirá a lo largo de estas páginas, de la mano amorosa de Dios.

